

LA DEUDA

LA proximidad de su muerte aun no aliviada, los arraigos de una amistad que de tan lejos nos unía, esa penosa certeza de que algo tenido por muy propio he de dar por definitivamente perdido, entorpecen el deseable sosiego para esta memoria de Paco Alemán, a cuya vida de hombre bueno y cabal amigo, tanto debe la mía.

Evocaré a Paco Alemán en los años de postguerra, entre la exaltación confusa de mi adolescencia y la cordialidad inteligente de su primera juventud. Lo recuerdo en los dialogantes, demorados retornos desde el centro de la pequeña ciudad a nuestro común barrio de San Antolín, del que tanta referencia, tanta atinada observación ha quedado en su obra literaria. Lo regreso a su casa, al cuarto ya entonces invadido por nutrida y envidiable biblioteca. Y anido en la memoria de aquellos años la voz inesperada y distinta, la palabra abridora de mundos mágicos, animados a la par por el último libro recién descubierto y su irreprimible imaginación (eran, aquellos, los días en que Paco jugaba a ensayar su teoría de la razón maquinante; cosquillear sin tregua la realidad de lo cotidiano).

Fue Paco Alemán, en el tiempo ahora evocado, el generoso proveedor de lecturas inauditas, atenedos a lo que Murcia era y al ambiente que la dominaba. A él debo —debemos quienes tuvimos la fortuna de vivir en su amistad— la iniciación al espíritu verdadero y ennoblecedor de la condición humana. Del yelmo que habitábamos Paco hizo crecer en nosotros la verdadera poesía —de Valéry a la generación del 27; de Goethe a Rilke—;



por él llegarían a nuestras manos los por entonces marginados, casi malditos del 98; él encendió para nuestros ojos atónitos, la deslumbrante pirotecnia de Ramón Gómez de la Serna y el teatro de Jardiel. Y endeudados perdurablemente hubimos de quedar con el amigo que nos alumbró el hon-tanar inagotable de don José Ortega.

Si por Paco Alemán —insisto en el tiempo, década de los cuarenta— supimos de Apollinaire y de la aventura futurista; de la pirueta dada y los cubismos; de la soledad inquietante de Chirico y del Picasso azul, ello debióse a su universal y selectiva curiosidad intelectual, de la que se afanaba en hacernos partícipes dándonos acceso a la gran narrativa del siglo XIX, con Dostoievski, Flaubert, Chejov, Balzac; descubriendo a nuestra atención los nombres de Proust, Giraudoux, Hamsum, Gide, Huxley, Bloy, y tantos otros. En este apresurado repaso de merecimientos, es obligado consignar el esfuerzo de nuestro amigo por allanarnos la iniciación al pensamiento, que en sus preferencias de aquellos años constelaban mentes señeras como pueden serlo Scheller, Bergson, Spranger o Jaspers. O a la historia, pues por su mediación nos llegaban, pondré por ejemplo, Runciman, Burckhardt, Hui-zinga de quien fue por aquellos años fervoroso lector.

Era Paco Alemán, en el tiempo a que estos apuntes se refieren, el hombre asombrosamente bien pertrechado; las egregias cabezas de Europa, la inteligencia de Europa se le habían tempranamente instalado en su cuarto de trabajo de San Antolín. Interesado en la medicina, frecuentó a Claude Bernard; fervoroso de Lain, de Paco conservo el regalo del volumen de ensayos que con el título de *Medicina e Historia* publicó don Pedro en 1941. Interesado en la psicología experimental, fue lector de Jung; de Katz y sus estudios de psicología animal donde encontró, y le divertía contarnos, el genio matemático de los caballos de Elberfeld. Por su biblioteca viva-queaban ya algunas obras de V. Uexhull. La biología anduvo entre sus curiosidades, lo que explica que recomendase a los amigos la lectura de las *Cartas biológicas a una dama*.

Bien se comprende por cuanto vengo rememorando, que nuestro amigo muerto fuese para nosotros —para mí, desde luego— la “otra” Universidad no enfrentada con la establecida, por supuesto, pero sí más atrayente e iluminadora. Fugaz el paso de Paco por la aulas de la Facultad de leyes, porque le atraía más la agitada vida de la emperatriz Teodora que el tedioso oficio compilador de su esposo Justiniano, y porque prefería indagar por su cuenta la vida cotidiana en Roma a la monotonía docente de vender la



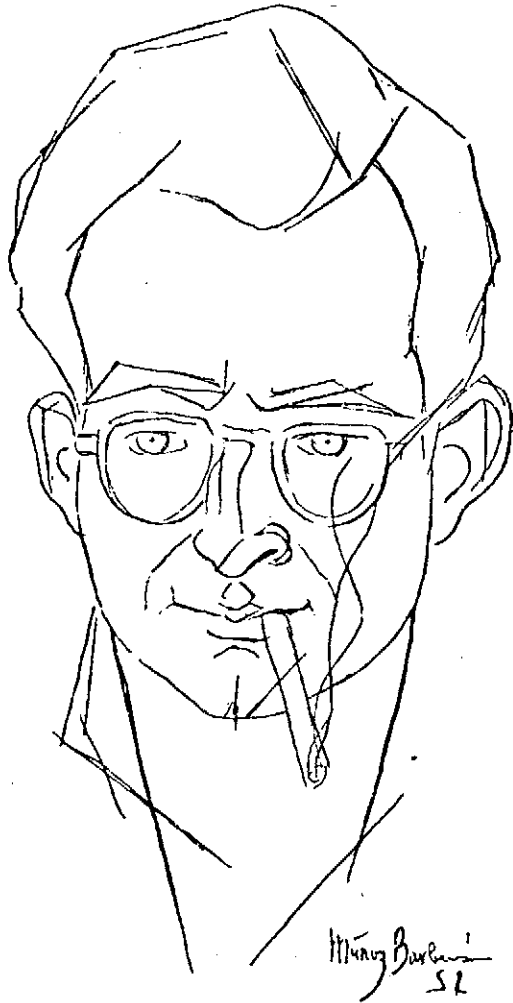
tienda de la esquina a Ticio, o manumitir al esclavo Cayo. (Al estudiante Paco Alemán, frecuentador de "La Covachuela", a la hora del cierre, le encantaba coincidir en la librería con los venerables doctos para recomendarles con juvenil petulancia la lectura de las últimas novedades recibidas por don José Romero. Años más tarde, Paco volvería a la Universidad, siempre "por libre", para disertar en la inolvidable cátedra Saavedra Fajardo. Y a la Universidad —un escondido y sutil amor sin correspondencia— ha estado vinculado por años colaborando en este *Monteagudo* que, si la memoria no me falla, contribuyó a fundar).

Si la ciudad donde nació y tan obstinadamente ha vivido se reconoce deudora del escritor, a ella corespone saldar tanta y tan noble fidelidad testimoniada en su obra literaria. Uno, en nombre propio y en el de aquella gavilla de muchachos que en torno al magisterio de Paco Alemán fuimos creciendo, ha querido dejar aquí precipitada y ya melancólica constancia de un reconocimiento debido y querido. El paso de los muchos años y hasta vísperas de su muerte ha ido acrecentando lo mucho que debo a Paco Alemán. La humanísima fraternidad mantenida culminó una tarde del pasado verano, con el mar próximo pero oculto a nuestros ojos; los suyos irradiando últimas bondades, y estos míos reconociendo en los labios de Paco, *la sonrisa pálida y lejana* que dejó escrita en el estremecedor poema dedicado a sus muertos; ese murmullo que así comienza y dice, premonitorio:

*Estais entre la sombra dulcemente lejanos
sonriendo ante los años que me empujan
para reunirnos todos en la sombra.*







(Dibujo de Muñoz Barberán, 1952)